(que aun sal no tenían y se mantenían con tanta pobreza por defender su libertad) viniesen ahora a meter voluntariamente quien les hiciese tributarios y comiesen cuanto tenían; y que por tanto aconsejaba que aquella invencible nación se defendiese, en lo cual se ofrecía de ser el primero que pelease o muriese por la religión, por la patria, por los hijos, por las mujeres, por la honra y nombre de Tlaxcalla, tan famoso en toda la tierra.

Por esta diferencia de opiniones nació gran murmullo, porque los mercaderes y gente quieta seguían la opinión de Maxixcatzin; los soldados la de Xicotencatl; pero Temilotecatl, otro de los cuatro señores, dijo que le parecía se enviasen embajadores al capitán de aquella nueva gente, que con graciosa respuesta le dijesen que en aquella ciudad sería bien recibido y que entre tanto, pues había gente apercibida, le saliese al camino Xicotencatl el Mozo, hijo de Xicotencatl el Viejo, que era uno de los capitanes mayores de la cabecera con los otomíes, y hiciese experiencia de lo que eran aquellos a quien llamaban dioses, y si los venciesen, Tlaxcalla quedaría con perpetua gloria, y si no se daría la culpa a los otomíes como bárbaros y atrevidos. Y pareciendo a todos bien este consejo, ordenaron que se pusiese luego por obra. Mandaron llamar a los mensajeros cempoalles, dijéronles que estaban determinados de recibir bien aquellos dioses; y con ocasión de cierto sacrificio los detuvieron y prendieron por dar tiempo a que su capitán Xicotencatl pudiese salir al encuentro a Fernando Cortés, y gobernase en la respuesta conforme a los efectos que hiciese, la cual no podía diferirse atento a que por las nuevas que tenían de los extranjeros, tenían la gente apercibida. Antonio de Herrera, como no hace distinción de estos xicotencas, padre y hijo, confunde sus oficios y hace cabecera y capitán general, en confuso, a uno solo. Pero la verdad es que Xicotencatl el Viejo era el señor de su parcialidad y cabecera y el Mozo era capitán y no general (como también dice él mismo) porque este título era de Maxixcatzin.

CAPÍTULO XXVIII. *De cómo Motecuhzuma mandó a sus hechiceros y encantadores ir contra los españoles para que por medio de sus encantamentos y hechicerías los detuviesen y hiciesen volver a sus tierras*

LOS HOMBRES CIEGOS Y QUE CARECEN DE FE, como viven engañados de el demonio, tienen creído ser los encantamentos y supersticiones cosas tan eficaces y verdaderas que no dudan su poder y fuerza; y así eran y son entre los infieles estos hechiceros y encantadores sobre manera estimados, y no sólo son permitidos, pero con autoridad pública muy honrados y engrandecidos. Arnobio,[1] en su primero libro, les atribuye muchos y muy grandes efectos, diciendo: que necesariamente suceden todas las cosas que ellos pretenden. También Juan Sarisberiense,[2] que por per-

[1] Arnob I. 5, contr. Get.
[2] Juan Sarisb. li I, Polycrat. c. 10.

misión de Dios turban los elementos y hacen otras muchas cosas que parecen de admiración y espanto. Saxo Gramático[3] escribe muchas cosas de los magos y hechiceros de las partes de Aquilón u norte. Olao Magno dice de otros aquilonares otras cosas prodigiosas; y dejo a Clemente Alejandrino en su itinerario y a Guaguino[4] e infinidad de poetas que escriben la fuerza y eficacia de estos embaimientos y sólo traigo en ejemplo de este caso el que pensó el rey Balac, cuando iba marchando el pueblo de Dios[5] para la tierra de promisión, que llegando a sus linderos y temiendo algún agravio de los hebreos (escarmentando en las cabezas de sus vecinos los amorrheos que con fuerza de armas no pudieron prevalecer contra ellos, antes quedaron vencidos, desbaratados y muertos) y atemorizado de su daño, hizo llamamiento de los príncipes y magistrados de su reino y trató con ellos de el remedio eficaz para defenderse de los forasteros que venían entrándole la tierra. Y salió determinado que fuese llamado Balaam, el encantador que vivía a las vertientes del río de la tierra de los hijos de Ammón, para que diese orden cómo no entrasen en la tierra; y aunque hubo muchas dificultades en la venida, vino el profeta falso al llamamiento de el rey y cuando llegó a su presencia, le dijo la aflicción en que estaba y lo que le importaba que maldijese aquel pueblo para que no sólo no le ofendiesen sino que pereciesen todos o se volviesen a la tierra[6] de donde habían salido. Llevólo a un lugar alto de donde pudo divisar la gente; edificóle altares y ofreció en ellos sacrificios; y pensando que el hechicero Balaam consumiría a los hebreos con maldiciones, sucedió al contrario, y en lugar de maldecirlos los bendijo con muchas bendiciones. Hizo esto por tres veces en tres lugares distintos y nunca pudo salir con su intento porque Dios, que tiene poder para atar las bocas de los leones que quieren despedazar a sus santos (como dice San Pablo), ata las lenguas de los demonios[7] y no deja decir nada en ofensa de sus siervos.

No menos atemorizado quedó Motecuhzuma de lo que oyó que habían hecho nuestros españoles en Tabasco contra aquellas gentes y lo que por el camino venían haciendo contra otras que se ponían a impedirles la entrada en la tierra, que el rey Balac con la de los israelitas en la suya de Moab. Y con el cuidado y temor que le habían causado estas nuevas, y viendo que ya venían entrando por la tierra adentro, volvió a juntar los señores de su consejo, y otros viejos y sabios de sus reinos, para tomar consejo sobre este negocio que tan sin resposo le traía. Desque fueron juntos, hízoles un parlamento muy sentido y elocuente (como en semejantes casos lo usaban) y como el mismo Motecuhzuma acostumbraba, porque era sabio y muy retórico y de grande habilidad para persuadir lo que quería; habiéndoles encarecido el caso y declarándoles su corazón, les pidió consejo sobre lo que debía hacerse acerca de la entrada de sus enemigos

[3] Saxo Gramat. lib. I. Hist. Dan.
[4] Cl. I. c. I et I. 3. c. 18. In Tartar.
[5] Núm. 22.
[6] Núm. 22, vers. 7 et Seqq.
[7] Ad. Hebr.

que venían a destruirles el reino y a desposeerles de él y qué medio se podía tomar para impedirles la entrada. Todos dieron su parecer comenzando de los más principales (como en las consultas que suele haber en los acuerdos o consejos reales) y concluyeron sus altercaciones con decir que se juntasen los adivinos, hechiceros y encantadores, y que ellos fuesen primero a hacerles detener con sus conjuros y encantaciones, porque si eran hombres (como ellos) los dioses los detuviesen forzados de los conjuros que se harían y que si eran de linaje de dioses los aplacasen y pidiesen que no pasasen adelante donde ellos eran adorados y que buscasen otras tierras y gentes donde hacer su morada.

Quedó firmado este consejo y en virtud de él fueron llamados todos los mágicos y adivinos, y a los más sabios y entendidos de todos encomendó Motecuhzuma la fuerza de el caso y les pidió que como fieles a su patria y república hiciesen fuerza a los extranjeros para que se fuesen y desamparasen la tierra. Y aunque su corazón nunca se aseguró de que habían de prevalecer contra ellos hubo de hacer esta diligencia como el que ahogándose en el mar ase de cualquiera cosa que encuentra, porque el deseo de la vida pone la esperanza en cualquier remedio que de presente se le ofrece, aunque sea de suyo flaco y débil para darle vida y libertad. Bien veía Motecuhzuma que esto era vacilar y arquear contra la inconstante fortuna; pero como hombre que ya creía ser perdido o muerto echaba mano de aquellas cosas que le parecían que podían dilatarle por algún tiempo más la perdición y fin que aguardaba; y bien amonestados, e industriados de el rey, se fueron los hechiceros de su presencia.

Concertáronse entre sí de destruir a los españoles, y muy confiados de la victoria (porque la llevaban puesta en los falsos dioses) partieron de esta ciudad y fueron a verse con los españoles al lugar más convenible que les pareció, para ejecutar este negocio; en el camino que los nuestros traían para entrar en Tlaxcalla y sin que los nuestros los viesen hicieron todos sus encantamentos y hechicerías con ánimo de destruirlos a todos; pero por mucho que hicieron y árboles que enredaron y hilos que por ellos tejieron no pudieron impedirles el paso ni moverles a que volviesen atrás de lo comenzado, y como le sucedió a Balaam, que viendo el pueblo de Dios que venía por el desierto, en lugar de maldecirle le bendijo y no sólo no le hizo mal, pero con su venida les anunció muchos bienes; así también le sucede ahora a este pueblo cristiano (que por serlo de Cristo lo era de Dios), que no sólo no le ofenden estos hechiceros con sus hechicerías e invenciones, pero en ver que no les empecían ni hacían mal, les fue motivo a los indios de mucho miedo y de tener a los castellanos no sólo por hombres mortales amigos de los dioses, sino en la misma reputación que ellos los tenían creyendo serlo. Y así confusos y tristes (viendo lo poco que habían negociado con los demonios) se volvieron a Motecuhzuma a darle cuenta de lo hecho y sucedido, de que al desgraciado rey le vino una excesiva melancolía que le causó un muy grande y peligroso desmayo. Y pareciéndole después que estos hombres eran divinos y no vencibles con fuerzas humanas (pues aún las divinas no los vencían), mandó con consejo de los

de su corte a todos los calpixques y capitanes que los recibiesen de paz y que les llevasen bastimentos y esclavos y que los sacrificasen en su presencia y los rociasen con su sangre y los mantenimientos que les llevaban y que procurasen de entender qué género de dioses eran estos que venían contra ellos.

Iban desde entonces los calpixques y capitanes adonde estaban los españoles, y al principio hicieron lo que el rey les había mandado, rociándoles el pan y toda la demás comida con la sangre de los cautivos que habían sacrificado, pareciéndoles que esta especie de pan ensangrentado con sangre humana sería de gusto para ellos. Pero como los nuestros no estaban acostumbrados a estas viandas extrañaron el gusto y despreciaron el pan; y como vieron los indios los extremos que hacían los españoles con el sabor del manjar y que no querían comerlos, dijeron entre sí los mexicanos: Estos dioses no son como nuestros dioses que comen sangre de hombres; pero son celestiales y como a tales adorémoslos y aplaquémoslos con viandas limpias que no vayan mezcladas con sangre. Comenzaron desde entonces a traerles mantenimientos comunes, de los que los indios comían, así de pan como de carne y otras frutas y raíces que ellos preciaban mucho, y como vieron que las comían continuaron en regalarlos con ellas y se consolaron mucho por ver que tenían manjares con que poder aplacar a estos hombres que entonces tenían por dioses y no sólo a los españoles, pero a los negros los reverenciaron como a tales y les llamaban Teocacatzacti (que quiere decir dioses sucios o negros). Todo esto vino a noticia de Motecuhzuma, y mandó a todos sus gobernadores, capitanes, presidentes y oficiales de república que con diligencia sirviesen y proveyesen de todo lo necesario a los dioses que habían entrado en la tierra (que esta ceguera que tuvieron estos indios fue la total causa de su perdición porque con ella, no sólo no se defendieron de ellos, pero cobrándoles temor se les alebrestaron y rindieron).

CAPÍTULO XXIX. *Que Fernando Cortés pasa adelante por consejo de los cempoalles; y de una cerca grande de piedra que vido; y de un reencuentro que tuvo con los otomíes de Tlaxcalla*

RAN PASADOS OCHO DÍAS que había enviado Fernando Cortés a los cempoalles a Tlaxcalla y no volvían. Preguntó a los caballeros que iban con él, cómo tardaban tanto. Respondieron, que por majestad y grandeza, según su costumbre, no los debían de despachar; por lo cual y por lo mucho que le aseguraban el amistad de los tlaxcaltecas determinó de caminar con el ejército adelante, y a la salida del valle topó con un gran muro de piedra seca, alta, de estado y medio, de veinte pies de ancho, con un pretil de dos palmos por toda ella, para pelear encima. Atravesaba todo el valle de una sierra a otra; no tenía más de una sola entrada de diez